El Mariscal de Ayacucho

Destinado a la carrera militar, por tradición de su familia, a los trece años de edad, en 1808, ingresó Sucre en la Academia fundada en Caracas por el coronel Pires, para la preparación de oficiales. Allí permaneció hasta poco después del 19 de abril de 1910. En ese período de su estada en esta ciudad se alojaba donde su tío, el canónigo José Domingo Alcalá, quien lo había traído de Cumaná con el objeto expresado. Bajo la dirección del coronel Pires adquirió conocimientos elementales de geometría, fortificación de campaña y permanente, así como táctica de batallón y regimiento. Acababa de cumplir los quince años cuando salió de dicha Academia.

De nuevo en Cumaná, entró al servicio de la guarnición de la plaza a las órdenes de su padre, el coronel Vicente Sucre, y siguió entonces los estudios de táctica en una excelente obra editada en la Imprenta Real de Madrid el año 1808, de Orden Superior, con 429 páginas y 137 láminas, además de una exégesis de éstas, y la cual lleva por título "Tratado de Exército y Maniobra de la Infantería". En ella se explica la instrucción del recluta, de las compañías y los batallones, como también versa sobre las evoluciones de línea y todas las que pueda necesitar un cuerpo en la guerra. El ejemplar de este libro que perteneció al coronel Vicente Sucre y sus hijos, y tiene la firma autógrafa de Gerónimo Sucre, hermano mayor del Mariscal, fué obsequiado por el señor Ciro Vallenilla Ramírez al doctor Vicente Lecuna, quien a su vez lo donó a la Casa Natal del Libertador, donde se halla.

Estos conocimientos prepararon a Sucre para el desempeño de los diferentes oficios de la carrera militar, mas no le enseñaron el sublime arte de que dió tantas muestras en su corta carrera de General en Jefe, hasta el punto de colocarse, en contadas campañas, casi a la altura del Caudillo de la Independencia Americana, porque ese arte sublime, según expresión de Bonaparte, sólo se aprende por propia experiencia o mediante el estudio de las campañas de los grandes capitanes. Desde el comienzo de la guerra, el futuro vencedor de Ayacucho tomó parte activa en los acontecimientos, primero como subalterno de su padre durante la primera república de Venezuela, y luego a las órdenes de Mariño y Bermúdez en las campañas de Oriente. Aunque ambos jefes lo distinguieron sobremanera, Sucre profesó más afecto a Bermúdez. En 1814 fué jefe de estado mayor de Mariño en la batalla de Aragua de Barcelona, en los Magueyes, Maturín y Urica. Lo siguió a Cartagena y allí prestó su activo concurso mientras se sostuvo el sitio heróico de esa plaza. Emigró hacia los Cayos con Bermúdez, pero no figuró en la célebre expedición dirigida por el Jefe Supremo, pues hallábase ausente al formarse la empresa.

Recomenzada la guerra en el Oriente, Sucre actuó como jefe de estado mayor de Mariño en 1816 y 1817, y de Bermúdez en 1818. En 1810 entró al servicio directo del general Bolívar, nombrado ya Presidente de la República de Colombia, creada en Angostura. A las órdenes del Libertador fué primero jefe de estado mayor general y luego Ministro de Guerra, Comandante general

del Cauca en el Sur de Colombia, Comandante general de la Provincia de Guayaquil, Jefe Superior del Sur, Ministro de Colombia en Lima, encargado de dirigir la División Auxiliar de Colombia, y General en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú.

No exageramos al decir que, desde las acciones iniciales de la guerra, en 1813, hasta el fin de la lucha, Sucre se batió en cien combates. En tan dilatadas campañas la observación y la reflexión maduraron su espíritu preparándolo para el ejercicio del mando Supremo. Es indudable que en la formación de su capacidad militar influyera también la herencia. Tenemos el caso de familias de músicos, de sabios, de literatos, de guerreros. El padre y el abuelo de Sucre fueron militares notables al servicio de España; uno de sus antecesores alcanzó fama como Maestre de Campo en las guerras de Flandes.

No es nuestro objeto hacer mención en esta ligera nota de todos los grandes hechos del héroe, divulgados en la historia. Queremos especialmente referirnos a algunas operaciones suyas menos conocidas en las cuales se observa la misma maestría de ejecución. Empezó Sucre a obrar como jefe en el Sur de la Nueva Granada al encargarse de la división republicana Valdés, derrotada en Jenoy. Días después de esta infortunada acción contaba apenas con un corto número de hombres en su mayoría desarmados; en breve tiempo la columna tomó aspecto militar. La retirada hasta Popayán, a través de las guerrillas del Patía, fué realizada con excepcional destreza, tal lo refiere el comandante Wavell en su libro "Cruceros y Campañas". En Cali organizó la columna que llevó a Guayaquil. Son muy conocidas las hábiles maniobras que precedieron a la batalla de Pichincha, cuya célebre jornada dió la independencia al Sur de Colombia e influyó poderosamente en los sucesos del Perú. Más tarde, la Provincia de Pasto, asentada en un terreno volcánico de difícil acceso y rodeada de bosques impenetrables, se sublevó a favor del Rey. Sucre se ofreció para someter a los rebeldes, y no obstante desear el Libertador dirigir él mismo la campaña, no quiso desairar al lugarteniente en quien veía su mejor discípulo. Sucre empeñó el combate con un batallón y un escuadrón; pero observando que los pastusos recibían numerosos refuerzos, lo suspendió hasta tanto pudiera también él restablecerse, para economizar la sangre de sus soldados. El problema era arduo; el río Guáitara, torrentoso y de mucho caudal, no permitía vado, de suerte que se hizo necesario echar un puente bajo el vivo fuego del enemigo. Preparado todo con minuciosa exactitud, la operación se realizó casi sin pérdida de vidas para los patriotas. Puestos en marcha los batallones, los pastusos, sorprendidos por la precisión de los movimientos y el continente marcial de las tropas, merced a la confianza que inspiraba la dirección de su general, no pudieron resistir en la Cuchilla de Taindala y apostados más adelante en Yacuanquer, viéronse forzados a retirarse. Al día siguiente, en pocas horas fué tomado Pasto al paso de carga.

En abril de 1823 salió Sucre para el Perú, investido con el carácter de Ministro Diplomático y el encargo de dirigir la división colombiana de 6.000 hombres enviada allí por el Libertador para salvar a este país de la amenaza del ejército argentino-chileno a cargo de Alvarado. La actuación de Sucre se señaló como brillante y útil. Sus dotes impresionaron tan favora-

blemente a los partidos, que se le recomendó para el mando Superior, y el Gobierno lo nombró general en jefe del Ejército Unido. Desgraciadamente, el Perú estaba minado por la anarquía de las diferentes tropas auxiliares que integraban la fuerza del Estado. De tal modo que, de no ser por la desobediencia y rivalidad de muchos jefes, Sucre habría libertado el Perú, lo cual hubiera podido llevar a cabo dentro de un régimen de orden. Sin embargo, Sucre salvó la República en las graves crisis que se presentaron como consecuencia de la derrota completa de los ejércitos peruanos mandados por Santa Cruz. Dueños los españoles de gran parte del país, avanzaron sobre Lima con 7.000 combatientes, el ejército más brillante tenido hasta entonces. A la vista de esto, el pánico se apoderó del Gobierno, del pueblo y hasta del ejército, pero cuando Sucre convino en tomar el mando de la fuerza y sacó los batallones a las afueras de la capital, las maniobras ejecutadas por él, primeramente para cubrir a Lima y después con la mira de cerrar a los enemigos el camino del Callao que éstos pretendían cortarle, produjeron tal entusiasmo en los auxiliares chilenos argentinos y colombianos, que el ejército, a grito herido, pedía una batalla; mas la Junta de Guerra, formada por el Presidente Riva-Agüero, se opuso a ello con razón porque el ejército republicano era muy inferior en número al español.

Otras pruebas de su consumada maestría las dió Sucre en la expedición a Arequipa, cuando Santa Cruz perdió el ejército del Sur en la campaña del Desaguadero. El jefe peruano cometía desacierto tras desacierto, en tanto que el colombiano, lo mismo en el avance que en la retirada, a la cual se viera precisado a apelar, mantuvo siempre al ejército dentro de la seguridad más perfecta. Por ejemplo, observa que el Virrey se viene sobre él llevando fuerzas muy superiores a las suyas, Sucre entonces despacha con anticipación la infantería hacia la Costa, de manera que la retirada se haga con toda calma, sin perder un solo hombre, mientras él queda a la espectativa en Arequipa.

Las maniobras que precedieron a la batalla de Ayacucho son otro monumento de arte militar. Varias veces trataron los españoles de cortarlo interponiéndose entre él y Lima, donde se hallaba el Libertador. Pero este detalle a Sucre no le importaba en absoluto, porque la subsistencia la obtenía él de las provincias situadas al Sur y, con gran sorpresa de los enemigos, opuso una tranquila presencia a las maniobras con que los españoles creyeron lo iban a desconcertar. En el río Pampas los enemigos pretendieron coparlo entre dos fuerzas superiores, pero Sucre, previendo la operación, en el curso de una noche atravesó, casi sin pérdida, con el agua al cuello la tropa, el caudaloso río. A la otra mañana, cuando los españoles creyeron hacerlo prisionero, lo encontraron dominando en la meseta de Ocrós.

La batalla de Ayacucho es por sí sola una obra maestra de arte militar. Con fuerzas inferiores, Sucre no podía batirse mano a mano con el enemigo, en campo abierto: la superioridad numérica de éste lo habría abrumado. Por esa razón tomó posiciones en la parte alta de la meseta de Ayacucho donde desembocaban las vías por la que necesariamente debía bajar el adversario, a fin de atacarlo a medida que descendieran sus columnas, batiéndolas en detal, una después de otra. Primero batió la izquierda española de Villalobos al

mando del valiente Rubín de Celis, que en el choque perdió la vida; luego la división Monet, que avanzaba por el centro, aplastándola, al derrumbarse la izquierda española, con el peso de la infantería y de su soberbia caballería, y por último, la derecha enemiga mandada por Valdés, la cual había hecho retroceder a la división La Mar, obligándola a correrse hacia la retaguardia de Sucre; no existiendo ya ni la izquierda ni el centro de los españoles, volvió Sucre sus reservas sobre la división de Valdés, la arrojó al barranco y del otro lado la obligó a capitular. Demostraba así el Gran Mariscal de Ayacucho, conforme a la frase afortunada de Solís, el historiador de Hernán Cortés, que en la guerra más que el brazo puede la cabeza.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela se enaltece ante la evocación del perínclito guerrero de las magnas hazañas, y en loor a su memoria augusta y sin mancilla le consagra este devoto homenaje en la fecha aniversaria de su muerte.

Tomado de la (Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela). Volumen V. Número 13. Págs. 3-10.

Nota bibliográfica

Un manual que vale

La Escuela de Letras y Filosofía, dentro de nuestra Universidad, es la promoción al Renacimiento de las letras nacionales. Es ella como el agua fresca de una llovizna que lava los monumentos erigidos en el parque del Conocimiento Humano que al quitarles el polvillo con que aparecen revestidos a los ojos del neófito, hace posible soberanos mirares de sugerencias.

El estudiante de Filología, Luis Barahona, estuvo más de un año zambullido en la epopeya castellana; apenas lo vimos asistir a lecciones. En este 44 bisiesto maduró el fruto de sus esfuerzos: un librito, verdadero manual de El Cantar de Mío Cid.

Dos cosas hay que tener presentes al leerlo: que ha de estar también a mano la copia del poema restaurado por Menéndez Pidal; y la opinión de nuestro catedrático de Literatura Española y Estética para quien el trabajo es un *puente psicológico entre el autor anónimo y lector futuro.*

Prologalmente nos lo dice el mismo autor con pluma docta, que *así lo ha sentido.*

Por encima de todo queda la prueba sobresaliente de una pertinacia merecedora de toda clase de aplausos y el calorcillo que hemos sentido sus compañeros de aula para no ser remisos en lo que nos demanda la cultura genuina costarricense y emularlo en parecidas intenciones, al menos envidiosos de su elocuente reserva.

R. O. V.